

# Invicta Santa María (de Onetti)

*Existe un lugar, una cosa, un pensamiento que se llama Santa María para nosotros.*

Medina

*A Dolly, testigo.*

## I

27 de febrero de 1979

Al alba, por el oeste, empieza el voraz incendio de Santa María; calamidad anunciada por algún Tiresias local que pronto se extiende a la Plaza Nueva, corazón del puerto. Están por escribirse las escenas de pánico en las miserables barriadas, la explosión de la gasolinera de Hagen, el elocuente viento ígneo colándose en los intersticios de la cervecería *Munich*, el café *La Universal*, el *Estudio Orloff*, la *Peluquería Ainsa*, el altar de *La Inmaculada*. Ningún auxilio se recibe de la Colonia Suiza, a excepción del muy privado de salvar –del siniestro y del pillaje– las casonas, hace rato propiedad de los colonos helvéticos, de la novohispana Plaza Vieja. Las llamas se arraciman, y enardecen, alrededor de la Estatua del Fundador luego de reducir a cenizas los carteles con la leyenda:

ESCRITO POR BRAUSEN

Da pálida idea de lo sucedido el único documento a la fecha publicado. Reza, críptico:

La luz, siempre a la izquierda, comenzó a moverse y crecer. Ya muy alta fue avanzando sobre la ciudad, apartando con violencia la sombra nocturna, agachándose un poco para volver a alzarse, ya, ahora, con un ruido de grandes telas que sacudiera el viento.

Medina sentía la cara iluminada y el aumento del calor en el vidrio, casi insoportable. Temblaba sin resistirse, víctima de un extraño miedo, del siempre decepcionante final de la aventura. “Esto lo quise durante años, para esto volví”.

Oyó el estallido de una ventana en el lugar del departa-

mento que llamaban cocina. Con la pistola en la mano se acercó a la cama. Sentía la necesidad casi irresistible de besar a Gurisa, pero temió despertarla antes que el griterío que comenzaba a llegar de la calle, del hotel, del techo y el cielo (*Dejemos hablar al viento*, 1979).

Eso es todo. El Comandante Medina, simple policía cuando la fundación del prostíbulo de la costa, contempla la escena desde su habitación en el *Hotel Plaza*. Gurisa, la amante dormida, se llama en realidad Olga y procede de Lavanda. Pero no nos distraigamos.

Os digo que más o menos dos horas después, mientras la población de Santa María, asfixiándose, lucha contra el fuego, que simula disminuir y salta de nuevo, oculto bajo humo espeso –¿bíblico?–, una comisión, dividida en dos grupos, abandona el puerto. El primero de ellos larga amarras aproando la lancha, alquilada a un contrabandista de licores paraguayos, a la Isla de La torre, punto de escala antes de proseguir el viaje a Lavanda y, de aquí, a Buenos Aires. Ciudad esta última de donde vuelan a Río de Janeiro. El otro grupo se dirige por carretera a la Capital de la Provincia, dejando atrás Enduro –donde empezara el incendio–, Pergamino, El Rosario, El Retiro. De la Capital vuelan también –ruta intrincada– a Río de Janeiro. Buscan confundir a la verdadera deidad sanmarriana, Brausen más alto que Brausen.

Comanda, el grupo primero, el Dr. Díaz Grey; el segundo, el Comisario Medina, sobreviviente de los desplomes del *Hotel Plaza* (ignora aún la suerte de Gurisa, ¿baleada quizá por su amante con el revólver robado a Juan María Arce?). Se reencontran, para ya no separarse, en la capital carioca. Nuevo vuelo, ahora a la ciudad de México. En cuyo aeropuerto Benito Juárez permanecen horas innumerables antes de embarcarse a Madrid. Tiempo que unos aprovechan para examinar y clasificar el contenido de las maletas –dos por viajero–, hechas con prisa; otros para informarse en la prensa del acontecer azteca; Jorge Malabia –estoy seguro que era él– para telefonarme a mi casa de la calle de Amores, imponerme del propósito del viaje y arrancarme el juramento de que, por lo menos dos lustros, guardaría silencio (motivo por el cual nada digo sobre este episodio ni en la primera ni en la segunda edición de *Onetti: calculado infortunio*).

El plazo se ha cumplido sobradamente.

Del aeropuerto de Barajas, distribuidos en tres taxis, mar-

chan a la dirección aprendida de memoria desde tres o cuatro años antes. Nadie habla durante el trayecto. Ni siquiera Lanza, republicano refugiado en Santa María, se interesa en los sitios recobrados que desfilan por las ventanillas: Madrid Liberado, en transición democrática, aunque no sin signos ominosos. Una vez en el edificio, se dividen para ascender a la planta correspondiente. Díaz Grey se ajusta el sombrero *Stetson*, respira hondo, oprime el timbre. Una, dos veces.

Dolly Muhr, alta, fuerte, casi rubia, abre la puerta. Pese al rumor de que, allá por el 68, había acompañado a su esposo en un viaje relámpago y secreto a Santa María —le interesaba, a él, conocer la actitud tomada por la juventud sanmariana—, lo cierto es que jamás había visto en persona al heredero de Petrus, al también galeno Morentz, al farmacéutico Euclides Barthé, al periodista Lanza, al abogado Guinazú, al supuestamente fallecido cura Bergner, al Juez Canabal, al heredero Malabia, al obeso ferretero Perotti. Pero los reconoció, como si llevara años de tratarlos, uno por uno; sin exceptuar al hombre que, al final del grupo agolpado a la puerta, intentaba pasar desapercibido. “El Colorado”, pensó para sí, observando los hombros caídos, la joroba autoimpuesta, los diminutos dientes. Los invita a pasar al departamento.

—Esperen.

Dice con voz cantarina al tiempo que se encamina a la puerta más próxima, abriéndola y desapareciendo largos minutos en el interior. Los viajeros escuchan un diálogo crispado, una exclamación masculina. Silencio de nuevo. Por fin

aparece, procesional, solo, Juan Carlos Onetti. Procesional, solo y desolado. Gruesos lentes. Revuelto pelo escaso. Atañe a lo sobrenatural lo que el intercambio de miradas expresa. En un terreno secular, la extrañeza que revelan los sanmarianos se debe a la barba del escritor montevideano. No la crecida al desgaire, sucia, desaliñada, de los días y las noches lúgubres; otra, inesperada, cultivada con coquetería.

—Hemingway.

Dice Onetti, mascullando, a modo de disculpa, de explicación.

—Llevo semanas enteras leyéndolo. Él sufrió una infección en el escroto, él y otros jóvenes que conoció. Entonces se preguntó cómo sería la vida sentimental de un hombre que, por esas heridas genito-uritarias perdiera su pene pero su cordón espermático permaneciera intacto. Por eso escribió *Fiesta*.

Añade.

No hay respuesta.

A una señal de Díaz Grey, la comisión deposita las maletas en el suelo y desfila, igualmente grave, rumbo a la puerta del departamento. Casi a punto de cerrarla, “El Colorado” regresa y, extrayéndola de la bolsa del pantalón que alguien le prestara, al igual que el saco y la corbata, antes de salir del puerto —él viajó por el río—, le muestra a Onetti, reverencial, una carta maltrecha.

—De Don Junta, para usted.

Dice en voz demasiado alta. Luego arroja la carta al sofá, gira sobre sus talones y sale, cerrando tras sí, suavemente, la puerta. Onetti los imagina descender a la planta baja, salir a la avenida. Dolly se coloca a su lado. Ambos observan las maletas.

Salvo Jorge Malabia, que decide permanecer en Madrid, los demás emprenden el algo camino del regreso a Santa María, a sus apagadas ruinas. Donde el general Cot había aprovechado el caos, la destrucción— ¿venganza divina?— para hacerse del poder.

## II

### La edad de oro

Buenos Aires, 1950. Editorial Sudamericana publica la novela *La vida breve* de Juan Carlos Onetti o J. C. Onetti; escritor uruguayo que residía en la capital argentina desde varios años atrás. El capítulo II, “Díaz Grey, la ciudad y el río”, inaugura una de las sagas más impías y perdurables de la literatura de América Latina. La saga de Santa María, ciudad portuaria localizada en punto de la Banda Oriental del Río de la Plata, “cinco centímetros más o menos al sur del ecuador”. Esto es, quizá cuatro, quizá tres.

*La vida breve* remata una serie de novelas mayores que revela Montevideo a los uruguayos (*El pozo*, 1939); Buenos Aires a los argentinos (*Tierra de nadie*, 1941; *Para esta noche*, 1943); en suma, la Novela Urbana a las letras del continente. Sin embargo, este prurito realista del autor desalienta y sojuzga a sus personajes. Agentes de ficciones químicamente puras, frutos sombríos de una imaginación insome que descrea de la realidad, pugnan por una geografía asimismo fantástica.



Dibujos de Carmen Gayón

En *El pozo*, Eladio Linacero, quien jamás había puesto un pie fuera de Montevideo, urde sin sosiego parajes ilusorios: la cabaña invernal en la que se le aparece una adolescente desnuda, una mina de oro en Klondike, la taberna del *Doble Trébol* en algún lugar de Alaska. El abogado Diego E. Aránzuru, de *Tierra de nadie*, hace otro tanto con Faruru: “Es una isleta. ¿Cómo voy a decir? A mano derecha, si uno va yendo para el Japón, allá por el paralelo 97, 36 grados, 46...” (Faruru, en realidad, es invención del taxidermista Pablo Num, padre de Nora). O sea, en ningún sitio del mapamundi. Pero Aránzuru, advierto, se atreve a más que su antecesor Linacero, varado en una zahurda montevidéana. Así, abandona esposa y despacho y zarpa en pos de su isla (travesía que a la postre lo deposita en las arenosas riberas de Santa María). En *Para esta noche*, novela de la estirpe de *La sombra del caudillo*, Luis Ossorio Vignale, político de la oposición, intenta en vano huir del terror policial desatado en una “capital de provincia” que, si bien tiene mucho de Buenos Aires –y Montevideo?, se adscribe a un orden urbano imaginario. Corresponde, empero, a Juan María Brausen alias Juan María Arce, personaje de *La vida breve*, poner fin al cautiverio de su raza.

Brausen vive, infeliz, cuarentón, al día, en Buenos Aires. Para salir de apuros acepta el encargo de escribir un guión cinematográfico que ambienta en una pequeña ciudad de provincia “colocada entre un río y una colonia de labradores suizos”. Santa María. Confiesa haber estado ahí años atrás, un día de verano. Y haber sido feliz. Pese al transcurso del tiempo, recuerda con claridad meridiana la arboleda de la Plaza Nueva y el arribo del transbordador, procedente de Buenos Aires, que atraca al mediodía en el muelle. Si exceptuamos algunos borradores, que ningún arqueólogo onettiano ha encontrado hasta la fecha, las imágenes –“shots”– se desarrollan, íntegras, en su cabeza, no en el papel. Las imagina y sueña con el mismo delirio con el que Linacero imagina y sueña sus paisajes polares, Aránzuru imagina y sueña su isleta camino al Japón o Baldi, padre de uno y otro, imagina y sueña en las calles atestadas de Buenos Aires al “posible Baldi”. Total: un asunto de drogas y bajos fondos en el que intervienen un médico recién llegado a Santa María, Díaz Grey, y gentes de Buenos Aires. Helena Sala de Lagos, su esposo Horacio y un joven gigolo, Óscar Owen, apodado *El Inglés*. Nada extraordinario comparado con el numen de otros libretistas filmicos de la época.

Lo extraordinario se hospeda en el hecho de que las escenas del argumento, emanaciones de una existencia enfangada, mediocre, fracasada, se animan en la “realidad”, se interpolan en el diario ajeteo y la arquitectura misma de Santa María. Juan María Brausen sospecha, goza, el prodigio. Cual dios olímpico, engendra en su cuerpo a Díaz Grey. “Y volvía a vivir cuando, alejado de las pequeñas muertes cotidianas, del ajeteo y la muchedumbre de las calles, de las entrevistas y la nunca dominada cordialidad profesional, sentía crecer un poco de pelo rubio, como un plumón, en mi cráneo, atravesaba con los ojos los vidrios de las gafas y de la ventana del consultorio en Santa María para dejarme acariciar el lomo por las olas de un pasado desconocido, mirar la plaza y el muelle, la luz del sol o el mal tiempo”. La Plaza Nueva de Santa



María, el muelle de Santa María, el tiempo soleado o tormentoso de Santa María.

Cuando, cómplice de un homicida –Ernesto, asesino de Enriqueta Matí, también amante de Brausen–, busca refugio en la ciudad ribereña, bajo el nombre de Juan María Arce, confirma su sospecha: “lo que yo recordaba de la ciudad o le había imaginado estaba allí, acudía a cada mirada, exacto a veces, disimulado o elusivo otras”. Horas más tarde, en el *Berna* de la Avenida Artigas, se topa con uno de los personajes, el principal, del guión filmico: Díaz Grey.

Que no se trata de un espejismo demente lo prueba la estatua ecuestre levantada por los sanmarianos en el corazón del barrio viejo:

#### BRAUSEN FUNDADOR

Estatua que, por cierto, misterio sanmariano, en veces muda de lugar y de expresión. Pero nótese: fundador; no refundador. A tal grado llegaba la gratitud ciudadana. Nadie se admira en Santa María si escucha, en vez del consabido “Dios me perdone”, “Brausen me perdone”. O expresiones por demás singulares como “Padre Brausen que estás en la Nada”, “Los caminos de Brausen siempre fueron misteriosos para nosotros”. Díaz Grey sentencia a cada rato: “Brausen, Juan María, casi Junta para los ateos”.

Aunque es mi deber consignar que a la estatua la levantaron

pedestal y polémica. En efecto, fueron acremente discutidos: “el poncho, por norteno; las botas, por españolas; la chaqueta, por militar; además, el perfil del prócer, por semita; su cabeza vista de frente, por cruel, sardónica y ojijunta; la inclinación del cuerpo, por manturraga; el caballo, por árabe y entero”. No sólo es. Asimismo “se calificó de antihistórico y absurdo el emplazamiento de la estatua, que obligaba al Fundador a un eterno galope hacia el sur, a un regreso como arrepentido hacia la planicie remota que había abandonado para darnos nombre y futuro” (*El astillero*, 1961). Más allá del resultado artístico, que por no unificar las opiniones arrojó al escultor al depósito del anonimato, la hazaña nunca vista y oída de Brausen, publicista fracasado, uno de tantos, fracasado escritor cinematográfico, se había consumado.

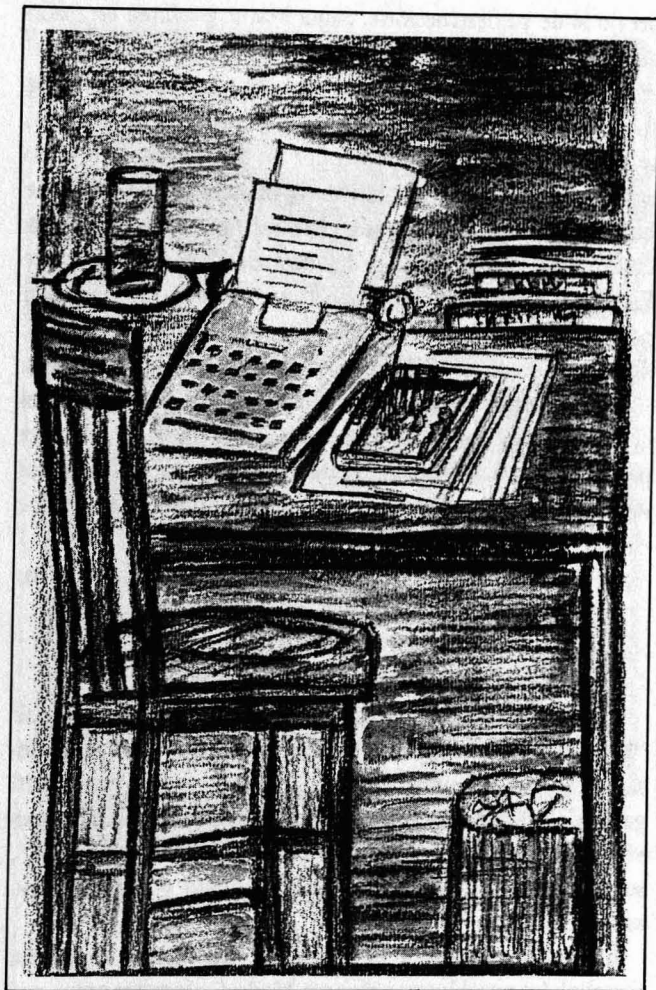
¡Qué pena grande que ni Eladio Linacero ni Luis Ossorio Vignale vivieran para atestiguar el portentoso! Diego E. Aránzuru, como lo avancé, sí mereció tamaño privilegio. Si bien no se trata del único personaje, anterior a la (re)fundación, que es traído, como las moscas al excremento, por Santa María. “Juntacadáveres” Larsen y Nora Num, la “María Bonita” del burdel de la costa, son otros tantos ejemplos (el primero, inmortal). No fue técnica sino histórica la razón por la cual el grupo que abandonó la ciudad por el río, se detuvo primero en la Isla de Latorre y, luego, en Lavanda. En la isla se les une al punto Aránzuru, su solitario morador; en Lavanda, se rehúsa a hacerlo Larsen (sin bien, a último momento, redacta la carta dirigida a Onetti). En Buenos Aires Díaz Grey y sus acompañantes buscan en vano a Víctor Suaid (*Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo*), al abogado Baldi (*El posible Baldi*), a Julio Jasón (*Tiempo de abrazar*).

Es evidente que para edificar Santa María, ciudad que después rehace Brausen, Juan Carlos Onetti se inspiró en modelos reales rioplatenses: Montevideo, donde naciera de padre descendiente de irlandés y madre brasileña el 10. de julio de 1909; Buenos Aires, sede de un largo exilio, bautizada Santa María del Buen Aire por su fundador. Otro probable modelo es Paraná, población ribereña de la provincia argentina de Entre Ríos.

...sí, podría intentar explicar, sin estar seguro de decir la verdad, que surgió justamente cuando por el gobierno peronista yo no podía venir a Montevideo. Entonces me busqué una ciudad imparcial, digamos, a la que bauticé Santa María y que tiene mucho parecido –geográfico, físico– con la ciudad de Paraná, en Entre Ríos (Onetti a la cámara de los realizadores Julio Jaimes y Jorge Rufinelli, 1973).

Fruto de una envidiable exploración por la zona, Óscar Mata añade conjeturalmente a la lista integrada por Montevideo, Buenos Aires y Paraná, otra ciudad, Colonia Do Sacramento, asentamiento uruguayo fundado por portugueses y frontera, Río de la Plata mediante, de la capital argentina (revista *Universidad de México*, núm 475, 1990).

Cuestión irrefutable es que, en 1950, la hora de la liberación sonó no únicamente para los personajes sino para el propio Onetti. A partir de *La vida breve*, el uruguayo sitúa,



en Santa María de Brausen, la casi totalidad de sus nuevas ficciones. *Cuentos*: “La casa en la arena” (1951); “Jacob y el otro” (1961); “Historia del Caballero de la Rosa y de la virgen encinta que vino de Liliput”; “El álbum”, y “El infierno tan temido”! (1962); “La novia robada” (1968). *Relatos*: “Tan triste como ella” (1962). *Novelas*: *Para una tumba sin nombre* (1959); *¡El astillero!* (1961), *Juntacadáveres* (1964) y *La muerte y la niña* (1973). Saga en la que no incluyo una formidable novela policial que Onetti publica en 1954: *Los adioses*. Ambientada en un pueblo de hospitales de la sierra, escenario de los días postreros de un astro del basketball derrumbado en el momento del salto por la tuberculosis (como a “Magic” Johnson, treinta y siete años después, el sida), su enigma se cifra en la ambigua personalidad de las dos mujeres que lo visitan, y aman. Santa María, verdad es, tiene una sierra, pero lo más que Onetti –ese Brausen superior– se ha atrevido a colocar en ella es un *Obispado*. No una *Montaña mágica*. Más todavía: la equívoca vida del deportista enfermo no hubiera escapado a la curiosidad de quienes facturan la diaria crónica del lugar en las tertulias famosas del café *La Universidad* y del *Club Progreso*: Canabal, Díaz Grey, Guíñazú, Lanza y un respetuoso etcétera. Tertulias que nutren la comisión de “notables” que, dividida en dos grupos, deja tras de sí a Santa María en llamas, camino a Madrid, al departamento madrileño de Onetti.

Para 1975, veinticinco años después de su invención –o si se quiere, con mayor rigor, para 1973, fecha del último texto

previo al de su destrucción-, Santa María, perfume escapado a su recipiente, pueblo que constreñase en *La vida breve* al consultorio de Díaz Grey y a contadas panorámicas -long shots- del río, la Plaza Nueva, el puerto y la cervecería *Berna*, se había dilatado hasta comprender un casco urbano dividido en dos sectores: El Viejo y el Nuevo; una isla, la ya familiar de Latorre; un litoral jalonado por sitios tan señalados por la fama como el balneario Villa Petrus, el barrio fabril de Enduro y Puerto Astillero; una llanura ubérrima, explotada por la Colonia Suiza asentada en la región. Vasto infierno, sí, de una treintena de vidas condenadas, sí, pero imperecederas.

A este prodigio costero y sobrenatural es al que pone fin el incendio voraz del 27 de febrero de 1979. Incendio, de otra parte, intencional, ardorosamente premeditado. Sólo así cobra sentido la siguiente frase que anuncia las primeras lumbres:

El oeste -pensó Medina- no puede ser un alba anticipada. Y yo le dije que no por ese lugar.

No, no era un alba anticipada, era el apocalipsis.

¿Le dijo, le advirtió Medina? ¿A quién? Al autor material: "El Colorado". El mismo hombre que procurará pasar desapercibido a los ojos de Dolly Muhr de Onetti, de Onetti gastando su barba "Hemingway"; el portador de la carta apresuradamente escrita, en la oficina de "Carreño House", su burdel, por "Juntacadáveres". Renacido y cadáver, agusanado.

Autores intelectuales: el Comisario, Díaz Grey, Aránzuru, Canabal; los notables que viajan a Madrid, afanados antes, por meses, en la "obra de beneficencia" de destruir Santa María -el texto, la saga, la escritura-, inspirándose en los ejemplos célebres "de Roma, de Londres, de San Francisco"; en la elección del lugar del primer chispazo: ¿la Aduana? ¿Enduro? ¿el teatro *El Sótano*? ¿El Instituto Meteorológico? ¿las torres eléctricas, telefónicas? Al "Colorado" lo importan de *La casa en la arena*, al parecer capítulo desechado de *La vida breve*. Cuento, capítulo que, veintiocho años antes, en su párrafo final, anuncia los pasos subrepticios del "Colorado" por el todavía nocturno barrio de Enduro de Santa María condenada a muerte:

El frenesí del Colorado, que amontona ramas, papeles, tablas, pedazos de muebles...

Agitación piromaniaca que Juan María Brausen contempla, no desde la cabalgadura que escapa al sur, sino desde el cielo. La nada.

### III

#### *Después del fuego*

Jalapa, 1980. Juan Carlos Onetti tolera inexpresivo el calor húmedo, los ruidos callejeros que atraviesan las paredes del *Hotel Victoria*, el homenaje tumultuario que le tributamos. No lo veía desde que conversamos largamente en el *Hotel Montejó* de la ciudad de México, en 1976. Lo acecho para, sin faltar a mi juramento, o quebrantándolo a medias, decirle que estoy en el secreto. El inesperado viaje a Madrid de Díaz Grey



y demás pandilla de incendiarios acto seguido arrepentidos. El contenido de las maletas, salvado, completo o en parte carbonizado: colecciones de *El Liberal* y *El Orden*; archivos de las grandes familias; papelería de *Jeremías Petrus & Co*, el Consejo Municipal, la Aduana, la Notaría, el Destacamento, la Parroquia; carteles deportivos de *El Apolo* y vanguardistas de *El Sótano*; crónicas locales escritas en momentos de insomnio\*, etcétera. Sin faltar los "libros sagrados", quiero decir, la obra de Juan Carlos Onetti o J. C. Onetti o Juan C. Onetti. Toda ella. La del incipiente pero definitivo cuentista de los años treinta, la del legendario colaborador de *Marcha*, la de uno de los grandes -¿el más grande?- de la narrativa latinoamericana.

Trajeado, fuera de lugar, Onetti me observa fijamente, sin pestañear. Advierto su asombro, asombro mezclado con una irritación creciente, en la forma de, más que beber, colocar el vaso azafranado de whisky entre los labios. Me atrevo: ¿qué le decía "Juntacadáveres" en su carta? ¿Blasfemaba? ¿Ajustaba cuentas? ¿Se ufana de poseer los borradores del guión sanmariano de Brausen?

Habla al fin. La lectura de su obra me había trastornado los sesos. Como todo exégeta -raza por él despreciada- confundía la literatura con la realidad. Era el mío a todas luces otro caso de vampirismo académico. Nada le importa mi de-

\* Por ejemplo, *El Reinado de Cien Días*, alusivo a la historia del burdel, manuscrito del que es autor Díaz Grey; o *Introducción a la Verdadera Historia del Primer Falansterio Sanmariano*, debida a la pluma de Lanza.

cepción, confusión. Pasa a otro asunto antes de despacharme.

Paseando por el memorable parque aledaño al *Hotel Victoria*, tomo una doble resolución. No cesaría. Por carta, o cuando lo viera en persona, insistiría sobre el tema: la posesión, indeseada quizá, pero privilegiada, del archivo que escapó a la obra del "Colorado". Y, al mismo tiempo, analizaría sus nuevos escritos, los posteriores a *Dejemos hablar al viento*, con ojo detectivesco. Por si resurgía la saga sanmariana, aparentemente concluida. Por si, de resurgir, advertía yo cualquier deuda, directa o velada, al archivo trasladado por el río de aguas mansas y la descuidada carretera a la Capital de esa Provincia de la que Santa María, a la que Brausen dio "nombre y futuro", fuera prez y timbre de orgullo (piénsese en la cantidad de turistas italianos, norteamericanos, franceses, que atrajo *El astillero*).

Mis cartas no surtieron efecto. Menos todavía las entrevistas celebradas con Onetti, siempre en Madrid. Decir que me tiraba de a loco es decir nada. Aunque a finales de los ochenta la fortuna se inclinó de mi lado (o, al menos, pareció inclinarse).

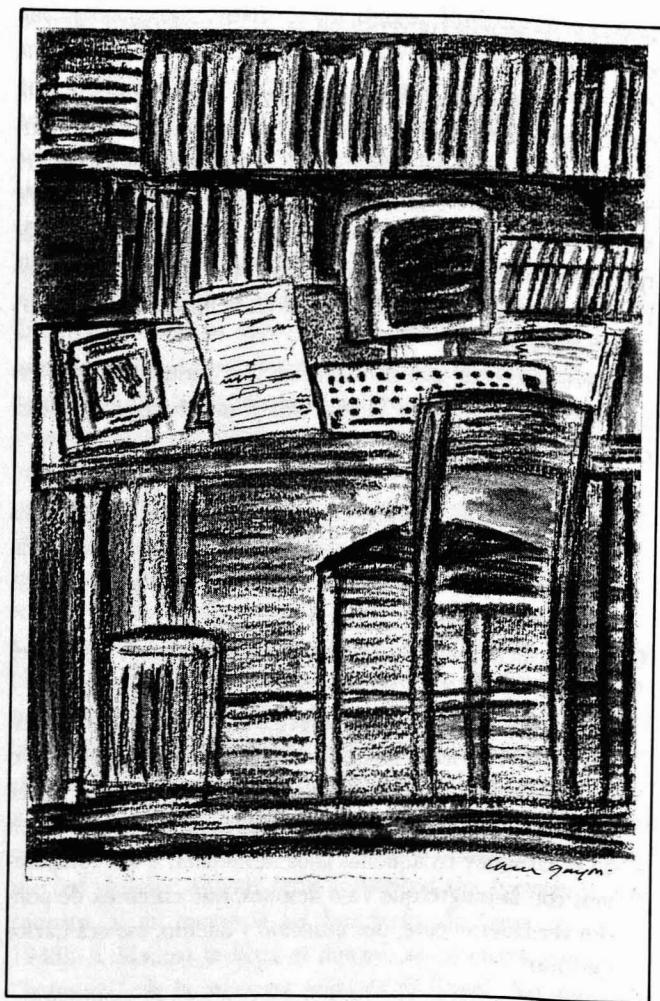
Me explico. Yo me había sumergido, hasta tocar fondo, en las aguas sombrías de la escritura onettiana, en mis plenos treinta. Edad todavía asida al desafío, a la inocencia. Pero cuando Fernando Tola me requirió para una siguiente edición de mi *Onetti*, hacía rato que yo chapoteaba en los cuarentas, la edad marcada, maldita (la del primer Díaz Grey, de Medina, etcétera). No me consideré con fuerza y candor bastantes para una nueva zambullida, exploración en pos de aquellos personajes empujados por la desgracia. Náufragos de la ciudad, el amor, el paso biológico -fatal- del tiempo. De aquí que segunda y primera ediciones sean idénticas (salvo la nueva portada, el impresionante retrato de Juan Carlos Onetti por Arturo Rivera, sanmariano honorario).

Pero pasó el tiempo. Advino el licor adormecedor de la resignación. ¡Hacía ya tanto de mi "bienvenida", de mi paso, caída, de "Bob" a "Roberto"! Con un ojo puesto en la obra nueva, releí el *corpus maldito*. Con vistas a una posible -uno nunca sabe- tercera edición de *Calculado infortunio* torné a mis viejas fichas, las viejas ediciones onettianas -no poseo, como alguno cree, ejemplar alguno del primer *El pozo*, el de la portada de Picasso-, actualicé la hasta eso no muy abundante ni sorprendente bibliografía crítica. Y había algo que enmendar.

Por boca de amigos comunes sabía que, involuntariamente, había yo ofendido en el libro a Juan Carlos Onetti y a Carlos Quijano (fallecido en un edificio aledaño al que ahora, expulsado día a día por la ciudad de México, antigua amante, habito). Transcribo:

-Don Carlos, ¿cómo surgió *Periquito el Aguador*?

-Se lo cuento. (Pausa). Yo tenía y tengo una sobrina a quien quiero mucho. Era entonces una chica de dos o tres años. Su padre le cantaba canciones de "Periquito el Aguador". Recuerdo que empezaba: "A Periquito el Aguador lo llevaron a enterrar, el cajón era de lata, se le cayó la alpargata", cosas así, absurdas, que el padre le inventaba en el acto para que la chica se durmiera y lo dejara tranquilo.



Prosigue la cita:

Eso de "Periquito el Aguador" me había quedado a mí. (Pausa). Tenía yo, por otra parte, la preocupación de que nosotros éramos un poco una piedra en el charco, que aquello era una especie de pantano, en fin tal, y que había que empezar a tirar piedras aunque no fuera contra personas, pero sí contra valores constituidos. De ahí surgió *La piedra en el charco* y el pseudónimo *Periquito el aguador*. Yo le pedí a Onetti que se hiciera cargo de la sección. Me dijo eso que él ha contado: "Yo de esto no sé nada". (Pausa). No creo que sea absolutamente cierto que yo le haya contestado: "Yo tampoco entiendo nada de política", etcétera (*Onetti: calculado infortunio*, 1980, 1984; la versión de Onetti a que alude Quijano se encuentra en *Réquiem por Faulkner y otros artículos*, 1976).

Pues bien: pese a que yo no inventaba, ni menos aún sostenía, que Onetti hubiera dicho que Carlos Quijano le dijo que él no sabía maldita la cosa de política en general y de política uruguaya en particular, la inclusión -no aclarada, matizada- en mi texto de la supuesta versión onettiana dejó un mal sabor de boca a ambos, héroes culturales, charrúas, amigos (y, creo, agitó, revolió, viejas y nuevas disputas en los bandos considerados herederos del onettismo y el quijanismo). De ahí que el 1º de febrero de 1988 yo escribiera a Onetti sobre el particular, suplicándole me favoreciera con la versión definitiva, no

supuesta, de aquella conversación de 1939, vísperas de *Marcha* y *La piedra en el charco*.

Como es natural, también aproveché la ocasión para insistir en mi vieja querella: su inadmitida posesión del archivo sanmariano. Máxime que al par que la revisión de mi *Onetti* me había engolfado en otro proyecto, una guía turística de Santa María —el casco urbano, el litoral, la llanura, la sierra—, y de la que ya había redactado un primer borrador en 1976, con motivo de los primeros veinticinco años de la hazaña de Brausen.

Envié la misiva.

Esperé dueño de una paciencia no sé si franciscana no sé si oriental. No mucho, por cierto. Onetti me contesta, a vuelta de correo, el 7 de marzo.

Me apresuro a contestar tu carta [...] en la que me pedís que me ponga a trabajar para que tú te colmes de gloria publicando sin compasión otro libro sobre el viejo Onetti.

Comienza diciéndome generoso, exacto, irónico. Y prosigue:

Y digo que me apresuro a corregir la versión sobre el nacimiento de La Piedra en el Charco. Jamás dijo Quijano: “Yo tampoco entiendo nada de política”. Esto lo debe haber inventado algún hijo de la gran chingada. Si hubo alguien en el Uruguay en aquellos años tan felices, si los comparamos con la mugre que vino después, que entendía de política verdaderamente, por intuición y talento, ese era Carlos Quijano.

Acto seguido me proporciona —qué generoso, generosísimo— la versión correcta:

El diálogo que tuvimos fue así: Quijano me pidió que escribiera una columna sobre literatura uruguaya. Yo le repuse que no podía escribir sobre algo que no existía. Y él me contestó: “Yo no llamaría política a lo que está sucediendo en este país y sin embargo todas las semanas escribo una editorial política”.

Mucho te agradeceré que hagas la correspondiente corrección en nombre de la verdad y para que no siga rodando una versión absolutamente falsa e hija deforme de la mala intención. Esto te lo pido como amigo y estoy seguro que comprenderás mi enorme deseo de que sea modificada la falsa versión.

Por último, dándome una —otra más— lección intelectual, me reconviene:

Te devuelvo la prueba 50 para que tú la corrijas de acuerdo a lo que te digo. El trabajo de corrector le corresponde al autor cuando la prueba de imprenta tiene un error que molesta de gran manera.

¿Y en cuanto a los papeles sanmarianos, rescatados o chamuscados? ¡Oh Fortuna! Después de años de empecinadas negativas de Onetti, éste, así sea con subterfugios, me concede razón, acepta la verdad. Cito, no niego que emocionado:

Respecto a tu pedido sobre un posible rescate de las joyas literarias que desaparecieron en el incendio de Santa María, te diré que en esta semana, cumpliendo tus deseos y festejando la llegada de la primavera, iniciaré un viaje a la mencionada ciudad con el fin de rescatar, si es posible, alguna mercadería salvada del siniestro. Si la consigo te la envío en seguida y harás con ella lo que se te dé la gana.

Verdad disfrazada. No. Onetti no necesitaba viajar a Santa María para hacerse de las “joyas literarias” rescatadas: las tenía, tiene, a la mano (bien pude contarle, en mi carta del 1° de febrero, mi encuentro accidental con Malabia en una librería de la calle Hortaliza, su confirmación, aunque sin admitir que él me había telefonado a su paso por México, del viaje y el contenido de las maletas; pero preferí limitarme al pedido de material que daría fuerza publicitaria a mi guía sanmariana).

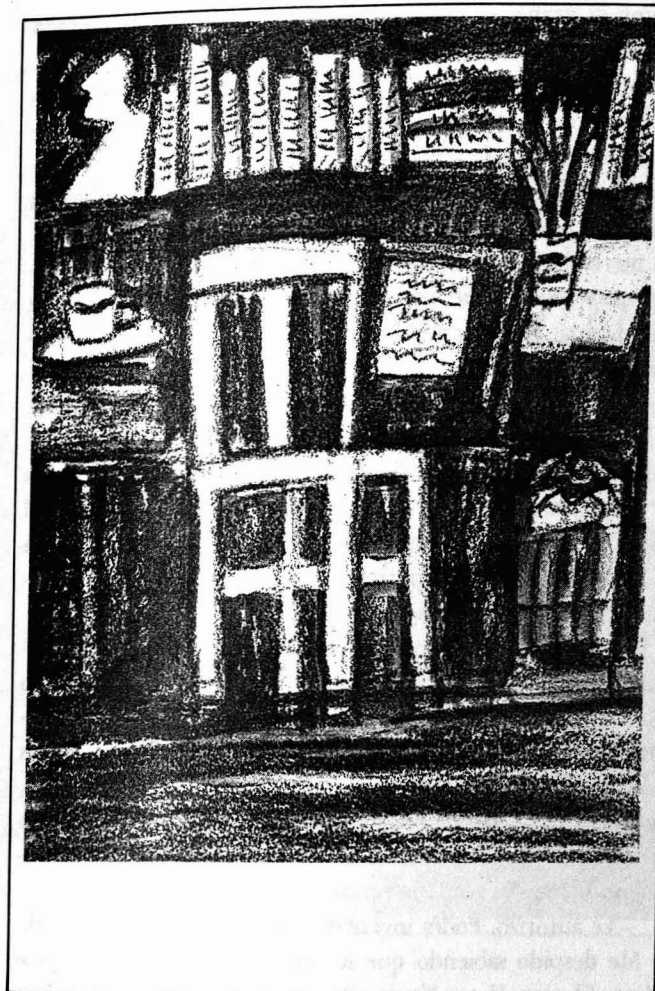
Además, para 1988, era por demás evidentísimo que Santa María sobrevivía.

Los avisos y cataclismo de *Dejemos hablar al viento* no bastaron para desplomar sus casas, arrasarla, cubrir su suelo de sal, borrarla del mapa. Verdad es que Onetti, para reducirla a escombros, inventa una nueva ciudad imaginaria: Lavanda. Verdad es, también que mucho antes del siniestro, a Santa María la habían asolado las plagas de la decadencia, la pérdida del nervio criollo, el tercermundismo, la pobreza extrema. Pauperización que trocaba más y más dolorosa, humillante, la ascensión plena de los colonos suizos, los nuevos dueños de la ciudad además de serlo ya de sus alrededores (la llanura, el litoral). Pero no menos exacto es que en el mismísimo texto de 1979, tras los pasos del guionista Brausen, Juan Carlos Onetti le crea —o amplía— a Santa María nuevas regiones. Tal es el caso del río:

Ustedes conocen la costa [...]. La parte de la costa en la rinconada, allí donde la arena cae a pico y la hondura del agua es de quince metros a los tres pasos y en las noches de verano se llena de parejas, de muchachitos desnudos y los varones juegan a rozar el suicidio para que ellas supliquen y se exciten.

Tal es el caso igualmente del barrio decimonónico que cruza la Avenida Latorre, barrio “a mitad de camino entre la costa y el ferrocarril”:

...aquella parte de la ciudad donde los restos de quintas arboladas, abatidas y musgosas, con solitarios y empecinados símbolos de riqueza y orgullo, iban siendo sitiados e invadidos por malezas o casas de comercio blancas, nuevas, de frentes lisos y semejantes o residencias nuevas y presuntuosas, con grandes e innecesarias ventanas nunca abiertas, detrás de los monótonos garabatos metálicos. Puertas cocheras para nuevos ricos que guardaban los automóviles en el garage de Shell y entraban en sus casas por aberturas modestas, vergonzantes, defendidas por planchas de madera barata.



Barrio éste, impregnado de la vida y hechos del héroe Latorre, en el que, datos absolutamente inéditos hasta 1979, se supone nació la ciudad de Santa María y tuvo su momento de esplendor la ocasión en que el puerto fue Capital de la Provincia (cómo, por qué, todavía lo ignoramos). Añádase la aguda nostalgia sanmariana que muerde, en Lavanda, a Medina. Su memoración constante de cada negocio, cada esquina, cada zaguán; “las nubes bajas que derivan sobre el campanario de la iglesia y las azoteas con balastradas cremas y rosas”; los “muebles, gente, entrañas, rostros”; el “olor disperso de la ganadería en la extensión campestre, el olor lácteo de la colonia de gringos”; los “grandes almacenes frutales a lo largo del río, el hierro oxidado del astillero...”; y “por encima del paisaje apenas quebrado y de nuestras horas de dicha, desgracia o lucidez, el conflicto, exactamente en mitad del cielo, de los verdes que llegaban de las chacras y los plomos violentos del río, parvas y pescado muerto”. Etcétera, etcétera, etcétera. No sólo eso. Nuevos sitios de reunión se agregan a los celeberrimos *Munich* y *Berna* y bar del *Plaza* y café *La Universal*: el *Confederación*, el *Central*, el *Sajonia*, el *Casanova* del que su propietaria y atracción principal camina a la muerte. Frieda Von Kliesten.

En efecto, para 1988 saltaba a la vista que Onetti había fracasado en su deseo –voluntad de deidad– de acabar con Santa María; que consultaba el contenido de las maletas: epistolarios, periódicos, fotografías, amarillentos folios, renegridos legajos.

Veamos. La bibliografía postsanmariana –por llamarla, con

sus matices, así– consta de dos títulos. Un libro de cuentos, una novela corta. *Presencia y otros cuentos* (1986) y *Cuando entonces* (1987). Y si la segunda recoge el máximo esfuerzo de suplencia territorial, Lavanda por Santa María, Lavanda que no es otra que Montevideo transfigurado, el primero traduce una reconciliación, un renacimiento. *Cuando entonces* narra una historia de amor y muerte –de la vida, no del amor–, historia que coloca al periodista Lemos y a la prostituta Lena, Magda, Magdalena, en la galería que presiden Riso y Moncha Insaurralde y otros mártires de la pasión, *Presencia y otros cuentos* señala la posibilidad del regreso, la imposibilidad de la amnesia. No todos los textos, en efecto. Uno. Uno solo pero fundamental, tan fundacional como *La vida breve*. Hablo por supuesto del que da título a la colección.

Dije ya que a diferencia de los demás notables de la comisión sanmariana, Jorge Malabia, heredero de la familia Malabia, James Dean local al que no le es concedida la gracia de la muerte joven, decide permanecer en Madrid; y que en una de mis visitas a Onetti, en los ochenta, me topé con él en una librería de esas calles nacidas de la reforma del concejal Mesonero Romanos (añado que pretendió ocultar a mi atención el libro adquirido, *Obras completas* de Juan Carlos Onetti, entre ellas las que lo tienen de antihéroe, como *Para una tumba sin nombre*, *El álbum*, etcétera). *Presencia* cuenta, justamente, un episodio de su vida desdoblada: Madrid, Santa María. Aquí, merced al golpe militar, reina al General Cot (personaje precedente, si mi memoria no desacierta, de *Para esta noche*, 1943). A Madrid le llega el dinero, no sé cuantos miles de “brausens”, de la impuesta venta de *El liberal*. No sólo eso.

A veces recibía *Presencia*, un fascículo impreso en una multicopias siempre pobremente entintada. Me llegaba desde los lugares más ilógicos del mundo y yo me imaginaba al desconocido grupo de sanmarianos turnándose para redactarlo y repartirlo. Siempre malas noticias. La tiranía del General Cot era salvaje y se necesitaba vocación de martirio para hacer aquella tarea.

Entre los opositores a la dictadura se encontraba María José Lemos, amor de Malabia. Para recobrarla, para revivir las tardes en el chalet de Villa Petrus de Santa María próximo al río en esa parte “bullicioso”, inventa que ella vive en Madrid, que trabaja en una biblioteca en Fernández de Oviedo, y que lo engaña. Fantasía que impone a un ínfimo detective privado, un tal A. Tubor. El detective entra en el juego de su cliente. Sigue a María José y descubre que en efecto engaña a Malabia. Informa. El cliente le pide siga adelante. Así el engaño, la farsa, hasta que el detective se cansa de explotar al sanmariano. Lo cita en una cafetería de Barajas, le dispara a bocajarro:

–Le parecerá imposible, pero es verdad. Todo comprobado. La papeleta más difícil que me hayan dado en la vida. Se hizo humo, se hizo perdiz. No volvió a la biblioteca; en la casa no saben nada de la muchacha. Como se dice: se la tragó el aire.

Sólo que la mentira cobra a Malabia su terrible óbolo. Una tarde, mientras regresaba a Madrid, como cada año, su verano

salvaje, lee en el más reciente número de *Presencia* impreso ahora en Suiza:

María José Lemos, estudiante, detenida en la isla de Latorre desde el golpe militar, fue apresada por efectivos de la Guardia Nacional el 5 de abril, fecha en la cual abandonaba el penal y recuperaba la libertad. Desde entonces se encuentra desaparecida, sin que ninguna autoridad militar ni policial se responsabilice de su paradero.

Las poderosas herejías imaginarias que consumen a Onetti y sus criaturas terminan por atravesar el espejo. Y Santa María, la más alta de ellas, aún crea signos. Resurrecciones.

#### IV

##### *Santa María, mañana*

Madrid, 1991. Una beca de hispanistas me devuelve, por tres meses, la luz de la villa coronada. Aunque había hablado por teléfono con Dolly y Juan Carlos desde mi arribo, a principios de noviembre pido verlos. La cita queda concretada la víspera, desde Toledo. El verano parecía prolongarse más allá de sus límites. Esa atmósfera, esos calores africanos. Como el encuentro sería por la noche, paso la tarde con Leticia, Carmen, Vicente. Supongo que en el *Nuevo Café Barbieri*, centro de Lavapiés, médula de Madrid, les confío mi estado de ánimo. Entrevistarse con Onetti equivale a entrevistar al Minotauro, internarse en el dédalo y sus despojos propicios. Sí, hasta entonces yo había salido indemne; pero invariablemente otro, tocado por el infrecuente misterio de la literatura absoluta; sensación que antes de amainar se recrudecía con el paso de los días.

Llega la hora de marchar al Laberinto. Cambia el tiempo. Tronar brutal del cielo, viento, lluvia tenaz.

Puesto que ha renunciado ya, al fin, del todo, a) a la posición vertical, y b) al día, me recibe en su recámara apretándose a navegar la noche y no cerrar los ojos sino al momento de aparición de la de rosados dedos. Dolly lo cubre con sus alas, sirve aceitunas y almendras saladas, cerveza. Voluntariamente atado a su cama, Onetti duda, se decide. El primer whisky. Chismorreos. Datos de mi exploración (motivo aparente del viaje) del exilio mexicano, el "ateneísta" sobre todo, en España, años 1914 a 1936. Saltan nombres de escritores paisanos míos, pero uno solo lo conmueve: Juan, Juan por supuesto, Rulfo el de Comala. Afuera el temporal abátese sobre la ciudad, deshoja el oro bruñido de El Retiro aunque consigue rizar siquiera la plancha inmóvil del Manzanares. Informo de mis más recientes días helénicos (nuevo fracaso en Delfos, cuyo oráculo se niega a pronósticar mi pasado). Dice de pronto: tu libro de Londres es frívolo (palidezco), pero al modo de Wilde (me sonrojo). Desahogo mi admiración a la economía, sabiduría, maldad, ternura, de "Mañana será otro día", uno de los cuentos de *Presencia*, que insisto en ubicar en Barcelona (historia de "gran ciudad" con sus ramblas, no de Santa María y su declive al río). Pide un ejemplar a Dolly; me lo dedica. Veo escribir al monstruo.

Voy al grano: el motivo real, secreto, de mi viaje. Hago memoria. Aduzco la carta suya de más de tres años atrás. Onetti me deja hablar. Cuando se harta me da con la puerta en las narices (dicho figurada pero literalmente). No. No me entregaría muestra alguna de las "joyas literarias" que escaparían al incendio del 27 de abril de 1979. No. No trabajaría para mí, pese a habérmelo prometido. Trabajaría para él. La mercadería salvada del fuego alimentaba su nueva novela. Novela -noticia que no me toma por sorpresa- otra vez sanmariana. Una noche. Toda una noche. Noche de contrabando.

-¿Imaginas algo más emocionante que eso?

Me pregunta.

No caigo en la trampa. No le pregunto si el héroe elegido es el Pibe Manfredo, zar del contrabando sanmariano. Ni el papel de Medina. Ni si Ansilio Petrus de Díaz Grey parirá al fin un hijo. Ni si los pujantes colonos suizos siembran ahora marihuana o cultivan amapola.

Ruego, suplico. Pero no cambia de parecer. Dolly me observa, compadeciéndome. La conversación toma por entero otro cauce. Reconozco mi fracaso: ni a la posible -uno nunca sabe- próxima edición de mi *Onetti: calculado infortunio*, ni, lo más grave, a *Santa María de Onetti*, mi guía turística en proceso, las engalanará documento íntegro, párrafo, fotografía alguna del archivo de Santa María en poder de Onetti. Duro, durísimo golpe. Ya para retirarme, Onetti se apiada:

-Te autorizo. Podés inventar lo que te dé la gana, Curiel.

Me despido sabiendo que los veré de nuevo. El año próximo. El otro. Y no. No me iba con las manos vacías.

Del elevador, que aguardo todavía conmovido, surge Juan María Brausen envuelto en un largo impermeable que oculta a las miradas no iniciadas las botas y la chaqueta, vaya, las galas de la Estatua del Fundador. Ya en el ascenso, alcanzo a verlo oprimiendo, impaciente, el timbre del departamento de Onetti. Sé de qué charlarán. De cuando compartieron una oficina en Buenos Aires, de las vueltas del tiempo, de Santa María. Onetti le mostrará el archivo cuyo acceso me ha prohibido. Puedo jurarlo.

No bien salgo a la calle, me alejo del laberinto buscando un taxi, torna el buen tiempo. Cesan los rayos, se adelgazan el viento y la lluvia. Que a poco cesa del todo. Sé a pie juntillas que, contra lo que él dice, sí habrá para Malabia "Santa María reconstruida". Que Onetti convocará a todos, los muertos (Petrus, Insaurralde), los vivos (Medina, Canabal), los agusanados vivientes (Junta). A ellos y a los precursores. Suaid, Badi, Jason, Raucha Linacero. A diferencia de *Dejemos hablar al viento*, novela testamentaria, auto de fe, solución final, deturpación de la hazaña de Brausen, vuelta en ocasiones literal a *El pozo* en lo que más tiene de renuncia, traición a la patria de los "notables", la novela que escribe hoy por hoy Onetti, escritura nocturna por sus cuatro costados, reconstruirá muros caídos, barrerá escombros, y quizá empujará al dictador Cot al exilio, a Lavanda. Invicta, Santa María. ◇

para María Elena, también.

Culiacán/Copilco.

Mayo y junio del 92